



El soldado y la niña



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto,
Jordi Sierra i Fabra, 1981

© de las ilustraciones,
Tino Gatagán, 2010

© de la traducción,
Luis Pastor, 2010
Ilustración de portada, Marcos Calo

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Primera edición | septiembre 2003
Tercera edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-247-944-8

Impreso en China / Printed in China

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

El soldado y la niña

JORDI SIERRA I FABRA

Ilustraciones de **Mabel Piérola**

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



Capítulo 1

El soldado, cubierto de barro y miedo, asomó los ojos a ras de tierra.

No sabía dónde estaba, salvo por la batalla que lo rodeaba. Ignoraba hacia qué lado quedaban los suyos. El humo se alzaba despacio. Apenas si lograba una escasa protección en el agujero en el que había caído después de que la explosión de la granada lo lanzara por el aire.

Y ni siquiera estaba herido.

El soldado, sosteniendo su arma con las manos y sus lágrimas con los ojos, buscó una salvación.

Los estallidos eran continuos. Retumbaban en el aire. Sacudían el suelo. Esparcían gritos y silencios en partes iguales. Bastaba dar unos pasos para encontrar restos diseminados, de unos y otros, amigos y enemigos. La tierra era roja como una puesta del sol tras la cual la humanidad ya no fuese a despertar.

Quería echar a correr.

El soldado, mitad hombre mitad despojo, masticó despacio su miedo, y después escupió el barro.

Sacó un poco más la cabeza.

Un poco más.

Miró a derecha e izquierda, hacia el frente y hacia atrás.

Creyó estar solo.

Solo.

Un breve segundo.



Entonces oyó el disparo.

Distinto de los demás disparos lejanos. Diferente de las otras explosiones lejanas.

Tan próximo.

Y real.

Y...

Vio la bala.

Volaba muy rápido, como un dardo de plata oscura, recta y directa hacia su frente.

Quiso agacharse, pero ya no pudo. Quiso apartarse, pero sus músculos ya no le obedecieron. Quiso regar, pero

supo que no tenía tiempo. Quiso llorar, y comprendió que era tarde. Quiso gritar, y estaba mudo.

Entonces la bala se detuvo.

A unos quince, tal vez veinte centímetros de su rostro.

El soldado parpadeó.

Ya no se oía nada. De pronto la guerra parecía haberse detenido. El humo estaba quieto. Los resplandores, estáticos. Su propio corazón, suspendido entre dos latidos.

Esperaba ver pasar su vida en una fracción de segundo, pero lo que vio, frente a él, fue a una niña.







Capítulo 2

Era una niña muy hermosa, una niña como de cuento de hadas, porque el soldado recordaba los cuentos de hadas que le habían contado sus abuelas, y su madre, mucho tiempo atrás. En los cuentos de hadas las niñas eran hermosas como aquella, con su cabello negro oscuro, sus ojos grises, sus labios rosados. Cabellos de ángel, ojos vivos, labios abiertos en la más dulce de las sonrisas.

Luego estaba su cuerpo, menudo, ágil, flexible, delicado. Un cuerpo que invitaba a la vida y la esperanza.

La niña llevaba unas flores en las manos.

—¿Quién... eres? —preguntó el soldado.

—Soy la muerte —dijo ella.

De no haber sido por el silencio, no habría creído oírla bien.

—¿Qué?

—Tu muerte —agregó la pequeña.

El soldado parpadeó. A continuación, abrió y cerró los ojos más despacio. Miró el campo de batalla, la guerra detenida, la bala quieta frente a su rostro.

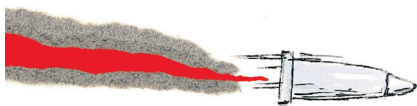
Y supo que no soñaba.

—Tú no puedes ser la muerte —susurró despacio.

—¿Por qué?

—Es imposible. Lo sé.

—Nunca nos habíamos visto antes.



—Pero sé cómo es la muerte. Es oscura, negra, una calavera cubierta por un manto opaco. Un esqueleto de grandes ojos vacíos y sonrisa hueca. Y además, no lleva flores en las manos, sino una larga guadaña con la que recoge su macabra cosecha.

La niña sonrió un poco más.

Con ternura.

—Ya ves, soldado —musitó—. También en esto te han engañado.

Las palabras penetraron despacio en la mente del soldado.

—¿Quién me ha engañado?

—Ellos. Todos. —La niña señaló con la cabeza más allá de la trinchera.

—A mí nadie me ha engañado.

—Lo han hecho.

—Vamos, niña. Vete de aquí. —El soldado suspiró con amargura—. Pueden herirte. Esto es una guerra.

—Mira esa bala.

No quería hacerlo.

Pero lo hizo.

Tan inmóvil, a unos centímetros de su vida.

—Soy la muerte, soldado, y he venido para llevarte conmigo. —La pequeña depositó las flores en su regazo y le mostró sus manos desnudas, limpias—. Te dijeron que luchabas por algo y sabes que vas a morir por nada. Te dijeron que era tu deber y ahora te han arrebatado cuanto tienes. Te contaron que yo era horrible y soy dulce. —Dio un paso hacia él—. Te han mentido, soldado.

«También en eso te han engañado.»

Extrañas palabras.

¿Por qué empezaba a creerla?

¿Era por su suave voz? ¿Por sus ojos sinceros? ¿Por aquella bala detenida frente a su cabeza? ¿O porque estaba cansado de la guerra?

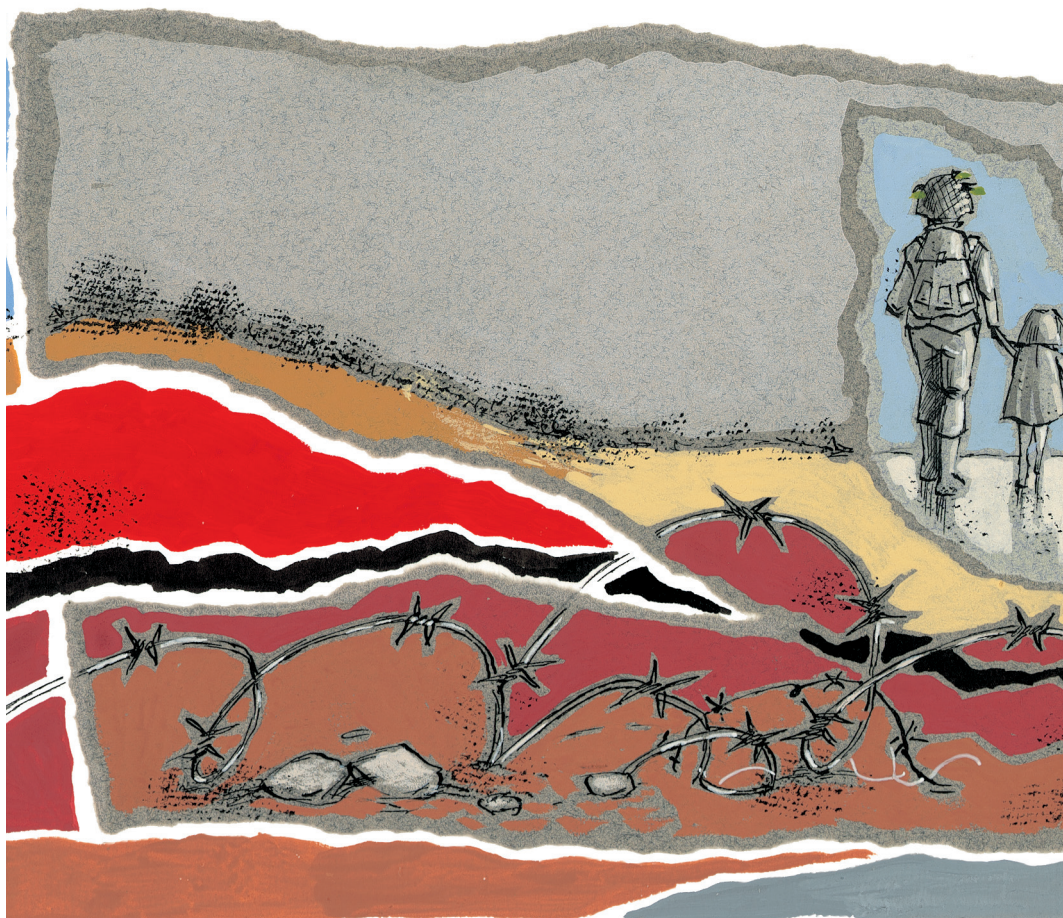
—No quiero morir. —Bajó la cabeza, avergonzado.

—Dame la mano.

—No.

Retrocedió asustado, aplastando su espalda contra la tierra rota.

—Todavía no iba a llevarte conmigo. Quería enseñarte algo.



—¿Qué es?

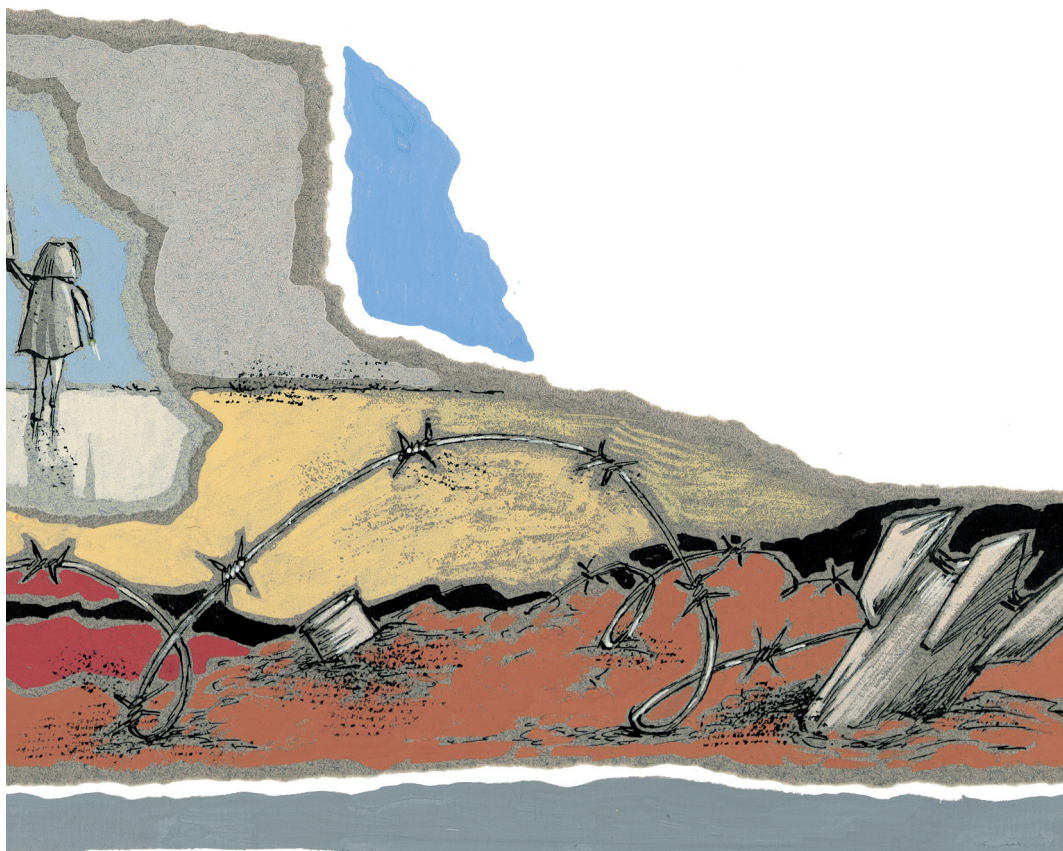
—Dame la mano.

Era la mano más blanca que jamás había visto.
Extendió la suya.

Rozó aquellos dedos suaves como plumas con los
suyos, sucios y agrietados. Fue una extraña sensación.
Luego las dos manos se unieron.

—Ven —dijo ella.

El soldado se levantó, y juntos echaron a andar.





Capítulo 3

La tierra seguía siendo áspera, pero ahora le parecía caminar sobre un lecho de plumas. Lo más sorprendente, sin embargo, fue la ausencia de distancias. Y de tiempo. En un momento estaban en el agujero frente al cual esperaba la bala. En un instante habían recorrido una pequeña o gran extensión de aquel mundo devorado por el odio. De no haber sido por la mano de la niña, el soldado habría seguido temblando, o habría echado a correr, o las dos cosas a la vez. Pero aquella mano invitaba a la paz. Aquel roce era tan hermoso como ella.

Se sintió tranquilo.

Absurdamente tranquilo.

—¿Adonde me llevas?

—Aguarda.

Otra trinchera.

—Mira —señaló la niña.

El soldado vio a otro soldado, con el uniforme del enemigo, tan sucio como él. Estaba todavía apun-